

*Para enseñar otra historia*¹

Ma. Cristina Sacristán

Instituto Mora

Aguirre Rojas, Carlos Antonio. *Antimanual del mal historiador o cómo hacer una buena historia crítica*, México, Ediciones La Vasija, 2002, 130 pp.

Mostrar a los estudiantes que algún día ejercerán el oficio de historiador, pero también a ese público más amplio cuya imagen de la historia es la de “algo aburrido y memorístico, que sólo se ocupa de cosas viejas y de rancios pasados ya muertos y lejanos”,² que existe “otra historia”, una historia viva, apasionante y comprometida, es el propósito del libro escrito por Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Antimanual del mal historiador o cómo hacer una buena historia crítica*.

Dar a conocer las transformaciones que ha vivido una ciencia como la historia a lo largo del siglo xx, de los intercambios tan enriquecedores que ha mantenido con las ciencias sociales, y de las posibilidades que brinda para construir “un futuro diferente”, no deja de tener mérito. Pero decir todo ello de forma amena, con un lenguaje sencillo y comprensible, en pocas páginas, y despertar el entusiasmo por un campo del conocimiento que suele quedar en la memoria infantil de muchos alumnos como la peor clase de todas,³ es una tarea en extremo

¹ Esta reseña es una versión corregida de la presentación que hice de este libro el 1 de marzo de 2002 en la XXIII Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería. Agradezco a Carlos Antonio Aguirre Rojas su invitación.

² Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Antimanual del mal historiador o cómo hacer una buena historia crítica*, p. 18. En adelante, las referencias a este libro se anotarán entre paréntesis en el texto.

³ En palabras de Enrique Florescano Mayet: “Según los datos disponibles, la historia que hoy se enseña en nuestras escuelas es la materia más aborrecida por los niños, la más aburrida, y la más apegada a métodos pedagógicos obsoletos”; “Para qué estudiar y enseñar la Historia”, *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, núm. 35, 2002, pp. 145-6. Este pequeño artículo es un resumen de su libro *Para qué estudiar y enseñar la Historia*, editado por el Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América en el año 2000.

valiosa. De hecho, este libro podría inscribirse en la actual tendencia por renovar la enseñanza de la historia en México.⁴

Como ya es común en los escritos de Aguirre Rojas, estamos frente a un libro construido desde una trinchera, para combatir a un enemigo que vive y se reproduce cómodamente en las aulas de nuestras universidades a contrapelo de las tendencias más innovadoras de la historia. Por ello, en las primeras páginas de este *Antimanual* aflora la convicción de que “la mayoría de las instituciones académicas que hoy forman y educan a los futuros historiadores de nuestro país están educando y formando *malos historiadores*, y no historiadores críticos, serios, creativos y científicos”, diagnóstico que incluye tanto a las licenciaturas como a los posgrados (p. 17).

Si bien tal afirmación deja abierta la posibilidad de que no todas las instituciones mexicanas padezcan este mal, sino únicamente “la mayoría”, lo cierto es que al destacar la *mala historia*, se dejan de lado algunos esfuerzos existentes en nuestro país por enseñar ese otro tipo de historia que el mismo Aguirre Rojas reivindica, lo que contribuye al panorama un tanto desolador que por momentos invade la obra. Debido al carácter didáctico del libro, un gran logro sin duda, y al público novel que se acercará a él, resulta un poco preocupante que nuestros estudiantes se queden con la sensación de que la historiografía mexicana es un campo yermo donde queda todo por hacer.

⁴ En algunos sectores se perciben ciertas inquietudes por modificar los métodos y los contenidos de los programas de historia, sobre todo en la enseñanza básica, movimiento que, sin embargo, no ha encontrado mucho eco. Además del ya citado libro de Florescano, puede verse Mario Rueda y Guillermina Waldegg (coords.), *Procesos de enseñanza y aprendizaje*, México, Consejo Mexicano de Investigación Educativa/Universidad Veracruzana/Fundación para la Cultura del Maestro, 1995, 2 vols., en ella se revisa la bibliografía más reciente acerca de la renovación en los métodos de la enseñanza de la historia en la educación básica, media y superior. Recientemente la Subsecretaría de Servicios Educativos para el Distrito Federal de la Secretaría de Educación Pública inició, en colaboración con el Instituto Mora, el proyecto *Pensar y aprender la historia de México*, coordinado por María Eugenia Chaoul, el cual tiene como fin

Sin embargo, sería injusto no reconocer que Aguirre Rojas argumenta la necesidad de abandonar esta historia anacrónica, que obviamente subsiste aquí y en otros países, con las armas de la razón, el análisis y la reflexión, para mostrarnos lo que él mismo denomina “la historia más actual y de vanguardia”, donde obviamente hay una selección de las obras que, a su juicio, han dejado un mayor impacto en la forma de hacer historia hoy, selección reconocible en sus trabajos anteriores; este libro se inscribe en una larga trayectoria de interpretación y divulgación de determinadas formas de hacer historia. Conocemos la predilección del autor por el legado de Marx o la obra de Braudel, su adhesión a la corriente de los *Annales*, y más recientemente a la microhistoria italiana, posiciones todas de las que este libro es deudor.⁵

Decíamos que nuestro autor quisiera desterrar de las aulas a los “malos historiadores” que forman malos estudiantes. Pero ¿cuál es esa historia que “no queremos hacer, y que no deseamos que se siga enseñando”? Tratado este asunto de acuerdo con el título del libro, a la manera de un antimanual, señala todo lo que *no* debería ser la historia, confinada por estos “malos historiadores” al estudio del pasado, que desoyen los llamados del presente y olvidan la máxima de que “toda historia es historia contemporánea”.

Aguirre destaca asimismo los problemas a los que *no* debería reducirse para tomar vuelo y adentrarse en otros territorios; las fuentes que *no* debería rechazar, familiarizado como está el “mal historiador” con los testimonios escritos, a fin de recurrir a cualquier indicio o huella humana; o las fronteras que *no* debería establecer, si brinca los estrechos marcos de la historia local, regional o nacional para plantear un problema en un contexto mayor al que, en apariencia, se remite. Recomienda también, en el mejor sentido del término, *no* dejar la historia sólo a los

capacitar a los maestros de educación primaria del Distrito Federal en una nueva forma de concebir y enseñar la historia.

⁵ Véase entre su obra más reciente: *Fernand Braudel y las ciencias humanas*. Barcelona, Montesinos, 1996; *La Escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, Barcelona, Montesinos, 1999; y “*El queso y los gusanos: un modelo de historia crítica para el análisis de las culturas subalternas*”, en prensa.

historiadores, porque éste no se forma únicamente al leer a sus colegas, sino en el diálogo estrecho con las ciencias sociales; de ahí la conveniencia de incorporar en la licenciatura cursos de introducción a dichos campos.

Más grave aún le parece al autor el “antiteoricismo” que reina entre los seguidores de Clío, el cual ha llevado a marginar en la enseñanza las materias relacionadas con la teoría de la historia, la metodología y la historia de la historiografía y, en consecuencia, a dejar de lado cuestiones fundamentales que interpelan al historiador como “el sentido” de la elección del tema, las categorías utilizadas para hacer comprensibles los hechos abordados, la exposición de los hallazgos, sin olvidar de qué manera se organiza y se pregunta a las fuentes. Esta falta de entrenamiento en “la reflexión filosófica” –de la que el mismo Marc Bloch se lamentaba⁶ ha producido una historia sumamente descriptiva, monográfica y poco interpretativa, interesada más en el rescate de los hechos que en desentrañar su significado más profundo, y a la que el autor califica de pobre y aburrida, “perezosa y fácil”.

Mal haría Carlos A. Aguirre en plantearnos el problema señalado –la persistencia de esta forma de hacer historia– sin atender a sus razones. Bien, su longevidad obedece cuando menos a “siete pecados capitales” que, sin el menor arrepentimiento, este mal historiador alienta entre sus alumnos. El “primero de ellos es el positivismo que degrada la ciencia de la historia a la simple y limitada actividad de la erudición”, porque confina el trabajo del historiador a las fuentes escritas que, tras ser objeto de crítica y de una clasificación conveniente, terminan vertidas en un relato.

Los otros “pecados”, que también han contribuido a forjar esta “mala historia”, son el anacronismo, el cual impide pensar el cambio en la historia; la concepción del tiempo histórico como el tiempo de los relojes, cuando sabemos

⁶ “Ahora bien, este estudio de los métodos en sí mismos constituye, a su manera, una especialidad, cuyos técnicos se llaman filósofos. Éste es un título al que me está vedado aspirar. Como resultado de una laguna de mi primera formación, probablemente este ensayo

que las sociedades humanas no están sujetas a las simples divisiones en años o décadas, como nos lo revela el largo siglo xix (1789-1914) o el breve siglo xx (1914-1991); la idea de progreso, que nos ha hecho reconocer en la historia un avance lineal y siempre ascendente; hacer a un lado los estancamientos y retrocesos; la ausencia de una lectura crítica de los documentos, lo que impide obtener respuestas que están ahí si se les hace la pregunta correcta; el afán de objetividad y neutralidad, que ignora cómo el sujeto que conoce transforma el objeto que quiere ser conocido; y para terminar, el posmodernismo, que condena a los historiadores a recuperar sólo los discursos históricos legados, ya que los hechos serán siempre inaccesibles.

Explicados con ejemplos muy elocuentes que permiten advertir las deficiencias de este tipo de historia, quienes se inicien en el quehacer del historiador seguramente se sentirán reconfortados, comprendidos e identificados con el autor, cuando de manera, por demás divertida, coloca a los estudiantes en el papel de víctimas de toda esta forma de hacer historia, porque estos “libros aburridos y pesados, en tantos sentidos, que nadie lee y que nadie toma en cuenta” deben leerlos justamente “los pobres estudiantes a los que se *obliga* literalmente a revisarlos y consultarlos para poder obtener la nota o calificación correspondiente” (p. 31).

Ahora bien, al pensar justamente en los noveles lectores de este texto creo que el uso dado por Aguirre Rojas al término positivista –central a lo largo de todo el libro– podría resultar un tanto equívoco si no se aclara por qué un concepto como el de historia positivista, que alude a la filosofía de la historia concebida por Auguste Comte –quien pretendía asimilar el método de las ciencias naturales al conocimiento de la sociedad para establecer las leyes de la evolución humana–, derivó en sinónimo de historia empirista, interesada únicamente en rescatar los hechos del pasado.

Sabemos que las leyes comtianas debían sustentarse en “hechos comprobados y ciertos”, punto de confluencia entre la posición empirista y la positivista, mas no en la formulación de las leyes, por las que no se interesa el “historiador erudito”, término más afortunado con el que designa Aguirre Rojas a este “mal historiador”, ya que no da lugar a confusión alguna.

Más allá de ser éste un detalle que la inercia ha consagrado, he podido constatar el desconcierto de los estudiantes cuando descubren la historia positivista de Comte, el cual se acrecienta si han tenido la mala suerte de leer en los manuales de “introducción a la historia” que Leopold von Ranke también era positivista.

Enterados de la historia que no debemos hacer y de los “pecados” que han conducido a ella, en la lógica que sigue este libro nos corresponde acercarnos a la historia por la cual pelea y disputa nuestro autor. Como ya dijimos, Aguirre Rojas se remite al legado de Marx, a la corriente de los *Annales* y a algunas de las más importantes tendencias historiográficas “nacidas o consolidadas” al calor de la revolución cultural de 1968, como los Cuartos *Annales*, la historia marxista y socialista británica, la microhistoria italiana y el análisis del sistema-mundo desarrollado por Wallerstein. No voy a entrar en detalle en esta parte –articulada en “lecciones”– porque es una versión sintética de desarrollos más amplios que hay en otras obras suyas.

Prefiero mejor acercarme al último capítulo, que puede leerse como una conclusión, donde Aguirre Rojas plantea algunas “falsas disyuntivas” que aún hoy se discuten sin demasiados frutos. Es el caso, por ejemplo, de si la historia debiera dedicarse al estudio de lo particular y lo excepcional o a formular generalizaciones; si debiera limitarse a un trabajo de reconstrucción fiel de los hechos o dedicarse a la interpretación; si debe dar mayor peso a los individuos o a las estructuras; si hay que hacer historia de los acontecimientos o de la larga duración; historia desde el sujeto o historia objetiva. Demostrada la inutilidad de estas dicotomías, tienen en la pluma de Aguirre Rojas, dirigida a un público poco entrenado en estos menesteres, el valor de combatir algunos prejuicios con los que comúnmente los estudiantes se acercan a la historia debido a su formación escolar previa.

Si este libro logra desterrar esas deformaciones, alentar *otra* manera de hacer historia y contagiar el entusiasmo por este campo del conocimiento habrá cumplido cabalmente su cometido.